

Os he hablado con el Apóstol San Juan de la concupiscencia de los ojos, como de un segundo carácter del mundo, de un elemento de error, de fascinación y de exterminio; os he manifestado cómo esta concupiscencia está personificada en el múltiplo indiferentismo que de un golpe produce todas las muertes en la triste humanidad, y por lo mismo, debo hablaros del único antídoto que puede aplicársela con buen éxito, de esta vida de fe y religiosa esperanza que habla á la razón y á la voluntad con experiencias y desengaños.

El mundo siempre hipócrita, señores, afecta, bien lo sabéis, una imposibilidad absoluta de ser convencido cuando se trata de estos sacrificios heroicos, de esta abnegación perpetua, de esta espontánea y aun dulce consagración de ciertas almas á la vida de la cruz; pero en la realidad nunca descansa, y ha menester en cierto modo de renovar sin cesar las impresiones fugitivas que la entretienen y alhagan, para no abandonarse á los ímpetus de su propio espíritu. ¡Ah! Los que han tenido la dicha de abandonarle después de haberle seguido, nos dan un testimonio brillante, un argumento personal contra el mismo mundo. Yo recuerdo, señores, la vida de tantos penitentes ilustres, que habiendo rendido al mundo y á los placeres las primicias de su existencia, cedieron por fin á la luz de un santo desengaño. Ellos nos han conservado la historia fugitiva de sus primeros sentimientos, para darnos una prueba incontestable del poder de los desengaños, y de la mentira de esa paz y contento que afecta el mundo en el seno de sus ilusiones. No nos cansemos: el mundo es impotente contra la desazón, el remordimiento y el vacío que dejan sus placeres. ¡Cuántas veces una tregua, un repentino abandono de los amigos, un golpe adverso de la fortuna, un accidente casual, una inspiración del momento, han hecho caer la venda de los ojos, ó los bellos colores del cuadro encantado! ¡Cuántas veces esos mismos que mas desdeñosos se muestran respecto de estas instituciones han lanzado en secreto un suspiro hácia la paz que reina en estos asilos de la oración! ¡Cuántas resoluciones habrán engendrado estos retiros misteriosos

en corazones delincuentes! Un pasaje de San Pablo, en que condena las locas alegrías del mundo, convirtió al grande Agustino; la muda voz de un libro místico trasladó desde los combates heroicos hasta las soledades de la penitencia al Padre de la Compañía de Jesús! ¡Ah! Es difícil sustraerse al imperio de un cuadro en que se animan todas las abnegaciones, digámoslo así, para producir todos los desengaños! Ese espíritu inquieto y vago que arrebató constantemente en pos de mil quimeras á los hijos de Babilonia, se fastidia por último, se cansa de goces incompletos y amargos, anhela por hallar algo capaz de fijar constantemente el corazón. Huye el tiempo, y vienen los días en que falta ya el encantado prisma de la infancia, el entusiasmo y la fogosidad de la juventud, en que claudican los cálculos y proyectos de la edad madura, y sobre todo en que las ideas consiguientes al inevitable término de todas las cosas humanas ocupan mas frecuentemente la razón, y empiezan á difundir sus alarmas sobre la voluntad. El hombre entonces apela á sus recuerdos, y sus recuerdos le abandonan; busca sensaciones agradables, y las sensaciones agradables han sufrido una prodigiosa disminución; quiere impresiones fugaces, pero estas han perdido sus prestigios. Entre tanto, los años vuelan, los vínculos de la vida se disuelven ó debilitan, la adversidad se adelanta, la fortuna huye, las pasiones ajenas comienzan á descargar sus golpes, y las experiencias depuran el criterio, para demostrar que no hai virtud en el centro de las relaciones mundanas, ni paz verdadera fuera de la virtud. Entonces el hombre, colocado entre los sepulcros y los claustros, ve por una parte la historia de los placeres, y descubre por otra el código de las esperanzas. Huye de las tumbas...y, ¡á dónde?...Infeliz, si advertido por estas almas, que han hecho todos los holocaustos, vaga sin rumbo, sin tiento ni guía por los senderos de la iniquidad!...¡Cuántos perecerían en el desengaño, si los claustros no abrieran una nueva sociedad á su corazón, reuniéndoles en espíritu con estas almas penitentes desde sus hogares y ocupaciones consiguientes á los otros estados de la vida! He aquí, hermanos míos, cómo estas soledades augus-

tas, que ordena y distribuye la religion en el seno mismo de la sociedad, la ministran un bien inapreciable é inaccesible á su poder, el de hacer útiles á la moral y á la eterna ventura los frecuentes y tristes desengaños del mundo.

Pero, aun un resto de atencion: tengo que presentaros mi asunto por el mas bello de sus aspectos, por el de los socorros que suministra para consolar á la mayor parte de los desgraciados, y acelerar en cierto modo, digámoslo así, todos los bienes de la humanidad aun en la tierra.

La sociedad abandona las vias del espíritu; las instituciones religiosas las conservan: la sociedad se retrae de la espiacion y del sacrificio; las instituciones monásticas están especialmente consagradas á una y otro: la sociedad tiende al parecer á cortar sus relaciones con el cielo; estas santas instituciones las mantienen, y fomentan, y afirman de continuo mas y mas con su oracion fervorosa y sus prácticas austeras.

Dirigid, Señores, vuestra vista por todas partes; traed á la comparacion las diferentes épocas de la historia; ved ese movimiento constante de las ciencias, de las letras, de las artes, de las costumbres, de las ideas hácia lo que el mundo llama *positivo*, y calculad en vista de solo esto las esperanzas del género humano. ¿Qué es lo *positivo* para el mundo? En la region de lo especulativo, los objetos puramente naturales, el análisis de la materia, la parte fenomenal del mundo visible; en la region de lo práctico, el desarrollo de los intereses materiales, los espectáculos, los deleites; en suma, todo se refiere á la utilidad, y esta se reconcentra en el egoismo de los intereses y de los sentimientos. Los que se acuerdan todavía de esa invisible cadena que liga los mundos, los que se ocupan del espíritu, de su naturaleza y sus destinos, de los dogmas revelados y de los altos misterios de la religion, son apellidados ilusos, ó perseguidos como fanáticos, ó abandonados como extranjeros en una sociedad en que todo es interino, y cuyo destino al parecer es la vida de las transiciones.

Pero, ¿la sociedad puede vivir sin verdades, las costumbres pueden conservarse sin virtud, la virtud exis-

tirá sin sacrificio? ¡Ah, señores! destruid la verdad, y el mundo perecerá para la inteligencia; destruid la virtud, y la moral pública y privada se aniquilarán; acabad con el sacrificio, y la virtud huirá para siempre de la tierra. ¿Dónde está pues la verdad? ¿Acaso donde se estudia el efecto sin atender á su causa? ¿donde se habla de medios sin atender á los fines? ¿donde se discurre sobre estos sin los datos de la creacion y de la inmortalidad? No: la verdad no admite ni puede admitir nunca un cisma entre sus atributos esenciales: cisma inevitable, cuando la cadena de su origen y de sus consecuencias está desprendida de su principio, que es un *Dios Criador*, extraviada de su medio, que es un *Dios Salvador*, é inversa de su fin, que es un *Dios Glorificador*.

Murió, Señores, á lo ménos para la civilizacion el gentilismo; pero legando su espíritu á las generaciones subsecuentes, no ha muerto del todo aquel eco que volvia del Calvario á escarnecer la penitencia y el sacrificio, denunciando á la Cruz como una insigne locura. Sin embargo, esta santa locura llamó á juicio toda la sabiduría del sabio, toda la prudencia del prudente, y sobre las ruinas de una filosofia vana y soberbia levantó la razon del cristianismo para regir con ella los destinos de toda la humanidad. ¿Y desde dónde? No de el centro de las opulentas ciudades, no de entre los ricos salones académicos, no á la faz de brillantes galerías, no al impulso de esa boga que la carne y la sangre consagran á las letras cuando adulan á las pasiones; sino desde los yermos y desiertos, desde los retiros ignorados, bajo el humilde saco de la austeridad, y contrariando las pasiones, y amargando los placeres, y condenando á muerte todas las ideas del mundo, ¿Quién revivió en la sociedad la luz de la inteligencia, y sacó del embrutecimiento y la barbarie á todo el género humano en los siglos de tinieblas? Las instituciones monásticas. ¿Quién metodizó, digámoslo así, la vida cristiana en todas las clases del pueblo, cuando se trataba nada ménos que de regularizar por una práctica bien dirigida todos los medios de perfeccion moral? Las instituciones monásticas. ¿De dónde han salido esas legiones angélicas á

dominar con el martirio y la doctrina las bárbaras tribus? De los cláustros. ¿De dónde salió ese pensamiento eminentemente heroico de salvar á toda costa á los infelices que yacian entre las cadenas del mas penoso cautiverio? De las instituciones monásticas. ¿Cuya fué la tierna y dulce tarea de aliviar la sociedad doméstica con la educacion de la infancia? De estas instituciones. ¿A dónde se han convertido y convierten los lamentos de la humanidad atribulada? á estas instituciones. ¿A dónde se ocurre de preferencia para disponer la misericordia en favor de la sociedad, cuando esta gime bajo el terrible azote de la justicia irritada? A esos venerables asilos de piedad, de oracion y de penitencia. Si, católicos, infeliz del mundo mismo sin los cláustros. La humanidad atribulada se desesperaria entre el fastuoso clamoreo de la filantropía filosófica, si no contara con esas instituciones augustas, erigidas por la lei del sacrificio al alivio de los desgraciados: la oracion privada se iria tal vez insensiblemente debilitando, hasta perderse del todo entre los espectáculos, y los deleites, y el perdurable afan de las pasiones, sin estos retiros permanentes y públicos que incesantemente anuncian á Dios en sus relaciones con nuestros destinos eternos, y practican con el ejemplo la meditacion de su lei, como una necesidad imperiosa del espíritu, y la de la oracion constante, como una condicion indispensable de gracia y de poder moral, para practicar el bien y tocar felizmente á nuestro último fin.

Cuando las instituciones monásticas no fuesen vistas bajo otro aspecto que el de una carrera bien sistemada de virtudes y perfeccion moral; cuando no se considerasen, Señores, sino como un lugar de cita para todos aquellos que vinieran á procurar aquí el arrepentimiento y la esperanza con la abnegacion y el sacrificio; cuando no fueran vistas estas almas fieles sino como nobles y generosos estímulos para resolver á los pecadores en favor de la virtud, é inflamar el corazon de los tibios; cuando solo se tratase de un pueblo selecto, exclusivamente destinado á rodear incesantemente el altar del Dios vivo, esto bastaria, no lo dudéis, para que la socie-

dad viniese á retocar, digámoslo así, en estos misteriosos recintos su gratitud y su esperanza. Ya veis, católicos, que estos títulos de respeto son de todos los tiempos y por lo mismo, que nunca pueden perecer los derechos que estas instituciones venerables tienen aun á los homenajes de la sociedad.

Hai mas todavía, ¡triste es decirlo, pero ya no nos es posible engañarnos! la humanidad entera ha recibido en los últimos tiempos una herida profunda y mortal con el indiferentismo religioso y el abandono casi absoluto del espiritualismo. Insensiblemente una especie de gangrena inmoral va corrompiendo por todas partes el mundo de la inteligencia, el sistema de los sentimientos y el cuadro de las costumbres. La impiedad filosófica, derrotada mil veces en el campo de la controversia, del criterio y de la metafísica, se ha venido á refugiar á una hipócrita inercia, á un artificioso desden, que están revelando al mismo tiempo su antigua impotencia, sus presentes designios y sus conquistas futuras. Sustituyendo con los goces el sacrificio, con el egoismo la abnegacion, con la utilidad la justicia, con el interes la virtud, con la materia el espíritu, con lo presente el porvenir, y con el tiempo la eternidad; relegando á la region de los ocios y de los fútiles entretenimientos las graves cuestiones que nacen de las muchas relaciones existentes entre Dios y toda la naturaleza humana, asiéndose otra vez del racionalismo con sus locas pretensiones contra la autoridad de los dogmas, y llamándose tolerante para encubrir sus odios contra el poder de las tradiciones antiguas y la irresistible fuerza de la moral religiosa; todo lo ha invadido, todo lo ha transformado: medita la obra de una reaccion universal, y tiende á darla su plenitud y última consumacion relegando á Dios del cuadro de la naturaleza, al espíritu de los objetos de la razon, á la religion del código de la moral, del sistema de la política, de los principios de las leyes, de las máximas de la conducta, y á la sancion eterna de la lei divina de entre los diques opuestos á los avances del crimen, los nobles estímulos presentados á la conducta del individuo y á las virtudes sociales.

¿Dónde están pues las esperanzas de la humanidad? ¿Dónde los últimos antídotos para salvar este moribundo inmenso? ¿Dónde las garantías de nuestras esperanzas, para ver sin estremecernos esas eras de trastorno y de luto que se apresuran á llegar? Yo bien sé, católicos, que nunca seria tan grande el trastorno de las ideas y de las máximas, nunca tan absoluta la depravacion de los sentimientos, que dejasen de conservarse aún en el centro mismo de la sociedad mas corrompida ciertos restos de inteligencia y de moral. Pero, ¿qué son estos recursos contra un mal tan inmenso? ¿Qué son los esfuerzos limitados del individualismo contra ese torrente indómito que se desborda sobre todo el género humano? ¿Faltaban por ventura almas bien nacidas y mejor conservadas cuando el mundo fué calificado por el Profeta como un cadáver sentado á las sombras de la muerte, para manifestar que no podria salvarse sino bajo el impulso regenerador y salvador de la Cruz? Pues bien, hermanos míos, estas santas y antiguas instituciones del cristianismo, estos coros de vírgenes, estas habitadoras del desierto, que viven en el mundo sin pertenecer á él, que son vistas del mundo al través de un velo trasparente á par que impenetrable; estas almas queridas del Señor, que le saludan con el gorgo de las aves al anunciarse la aurora, que se le inmolan todos los días sin omitir ningun género de sacrificio, que interrumpen con sus lámparas encendidas las tinieblas de la noche, para que no falten alabanzas al Criador ni aún durante el tiempo consagrado al reposo de la naturaleza; estas familias de Jesucristo, que se ocupan exclusivamente en lo único necesario, mientras casi toda Babilonia está gastando sus fuerzas en todo lo superfluo, que no pueden considerar ni el fenómeno mas indiferente sin sentir la presencia del Dios vivo, mientras el mundo todo parece desdeñarse hasta de pronunciar su nombre: estas esposas de los cantares, que cultivan con esmerada solicitud, como la flor que nace y vive retirada entre los abandonados desiertos, la mas bella de todas las virtudes, mientras allá en el siglo empieza por marchitarse y acaba consumiéndose entre las primeras respiraciones de la juventud:

estas vírgenes prudentes que no queriendo saber sino á Jesucristo crucificado, atesoran la ciencia de los santos, la ciencia del espíritu, la ciencia de Dios, lo que es y lo que será, el principio y el fin, en sus mentes humildes y recogidas: he aquí, cirtianos, lo único que puede alentarnos en medio del desconsuelo general que causa en el alma la consideracion de un mundo sentado por segunda vez, como decia el Profeta, en las tinieblas y á las sombras de la muerte.

Cediendo, Señores, al grande y tierno interes que me inspira una de las mas augustas y bellas instituciones del cristianismo, no ménos que el acto solemne que acabamos de presenciar en la sagrada inmolacion de esta virgen, he dado tal vez á mi discurso una latitud mayor que la que podia prescribirme la sobriedad oratoria. No me pesa, los grandes asuntos de la moral, á par que los objetos sublimes del culto católico, atraen sin esfuerzo y fijan sin violencia el entendimiento y el corazon. Por otra parte, nuestro siglo nos excusa bastante á los ministros del santuario de esa especie de nimiedad con que insistimos en llamar la atencion sobre ciertos puntos de la moral cristiana.

Una profesion religiosa, es el magnífico y santo resumen de cuanto pertenece á lo último y mas exquisito de la perfeccion evangélica, es un objeto noble y augusto en sí mismo, excelente á los ojos de Dios, singularmente grato para el corazon de la virgen que profesa, altamente instructivo y moral para todos aquellos que viven de la fe. A los ojos de Dios es el estado mas excelente por la universalidad del sacrificio, la exclusiva consagracion del alma y la pureza de la víctima. Es preferible bajo todos aspectos para el alma que ha sido privilegiada con la vocacion religiosa, por los obstáculos que remueve, por las gracias que atrae, por las virtudes que forma y por los gozos espirituales en que inunda. Reune, por último, títulos incontestables á la veneracion y al tierno y santo interes de la sociedad misma, por los ejemplos que le suministra, por los desengaños que le produce y por los auxilios que le imparte.

¿Cuánta razon tenia pues Jesucristo en aplaudir santa-

mente la situacion de María, que recogiendo á sus divinos piés sus potencias y sus sentidos, estaba absorta y estática en las altas contemplaciones de su lei, de sus perfecciones, de su doctrina, de sus promesas y de su amor! ¡Felices mil veces estas almas que habiendo acertado á comprender y á sentir por experiencia propia cuán dulce y suave es el Señor para los que le consagran sin reserva su corazon, han venido desde la primavera de la vida á incorporarse en el número de sus mas íntimos y fieles servidores! A ellas ha sido reservado conocer de una manera mas visible el reino del Señor, ellas tienen el privilegio de las íntimas revelaciones prometidas á los pequeños por la Verdad misma en recompensa de su docilidad y de su fe.

Alegraos pues en el Señor, hermana mia, en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando con sus gracias en la tierra los adoradores en espíritu y en verdad. Ábrense á vuestros piés en la nueva carrera que vais á seguir los misteriosos caminos de la Ciudad Santa, y si vuestra vida ha de correr entre las austeridades, si vuestro carácter espiritual ha de ser la abnegacion, si vuestra libertad misma no se hará sentir jamas sino en la dichosa condicion de una obediencia sin reserva; andaréis tambien por una carrera de triunfos, las altas virtudes religiosas serán la huella de vuestro tránsito por este valle de tribulacion; y al declinar el día de la existencia, allá cuando las sombras de la noche empiecen á apiñarse sobre vuestro último lecho, cuando el ángel del Señor toque ya vuestros párpados con la caña de oro, cuando comiencen á resonar por todos los ángulos de vuestra celda los graves y solemnes acentos de la Iglesia para despedir á vuestra alma de este mundo; entónces, no viendo en él cosa ninguna que os atraiga, sentiréis, hermana mia, inundada vuestra alma con una suave y deliciosa luz, que dejándoos columbrar los eternos muros de la Jerusalem invisible, os transporte y arrebate anticipándoos en cierto modo, aun ántes de haber dejado absolutamente las miserables riberas del tiempo, los goces puros é inefables de una eternidad venturosa.—AMEN.

ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR.

D. JUAN CAYETANO GOMEZ DE PORTUGAL

DIGNÍSIMO OBISPO DE MICHOACAN,

pronunciada en la Santa Iglesia Catedral de Morelia
el 12 de Noviembre de 1850.

EN LAS HONRAS FÚNEBRES

DE ESTE VENERABLE PRELADO.